

# **UN ACERCAMIENTO A LA COMPOSICIÓN DE LA NOVELA**

**MUESTRA DE TEXTOS  
DEL TALLER DE NARRATIVA  
DICTADO POR EL ESCRITOR PERCY GALINDO**





UN ACERCAMIENTO  
A LA COMPOSICIÓN  
DE LA NOVELA.  
MUESTRA DE TEXTOS  
DEL TALLER DE NARRATIVA  
DICTADO POR EL ESCRITOR  
PERCY GALINDO



**Un acercamiento  
a la composición  
de la novela.  
Muestra de textos  
del taller de narrativa  
dictado por el escritor  
Percy Galindo**



Petroperú SA

*Un acercamiento a la composición de la novela.*

*Muestra de textos del taller de narrativa dictado por el escritor Percy Galindo*

Lima, Petróleos del Perú, 2019, 74 pp., 14,5 x 20,5 cm

Primera edición, julio de 2019

Tiraje: 500 ejemplares

© Petróleos del Perú-Petroperú SA

Gerencia Coporativa Gestión Social y Comunicaciones

Avenida Enrique Canaval Moreyra 150, Lima 27, Perú

Teléfono: (511) 614-5000, anexos 11220 y 11225

[www.petroperu.com.pe](http://www.petroperu.com.pe)

[cope@petroperu.com.pe](mailto:cope@petroperu.com.pe)

Este libro no podrá ser reproducido, ni total ni parcialmente,  
sin previo permiso escrito del editor. Todos los derechos reservados.

Corrección de estilo, edición, diseño y diagramación: Grafos & Maquinaciones SAC  
Imagen de portada: Pixabay

Este libro es producto del taller Un Acercamiento a la Composición de la Novela,  
dictado por el escritor Percy Galindo, en las instalaciones del Centro Cultural Petroperú,  
del 2 al 25 de abril de 2019.

Hecho el depósito legal en la Biblioteca Nacional del Perú n.º 2019-10003

Impreso en Tarea Asociación Gráfica Educativa

RUC 20125831410

María Auxiliadora 156-164, Breña, Lima, Perú

Lima, Perú, julio de 2019

## Índice

Palabras iniciales	9
Los libros de Corindón: Índigo TOMÁS CARREÑO	11
Necrópolis (fragmento) TANYA HUERTA	17
El destino de Liam Ward POLDARK MEGO	27
Memorias LESLY ORÉ	41
Desenfrenos (capítulo 1) FEDERICO PFLÜCKER	53
¡Qué tal viaje! SARA PIZARRO	65
Alba CLAUDIO TEMOCHE CORTEZ	69





## Palabras iniciales

Desde 1979, la Bienal de Cuento «Premio Copé» es, sin duda, uno de los certámenes más esperados de la agenda literaria peruana. Sin embargo, el compromiso de Petroperú con la escritura creativa va más allá de organizar los concursos más prestigiosos y de más larga vida en el país. En no pocas ocasiones, los participantes han expresado su deseo de que la empresa organice también talleres que mejoren sus habilidades y recursos. Así han nacido «¿Cómo mejorar un cuento?», «Secretos del arte de narrar», «Emoción y técnicas para crear cuentos» y «Un acercamiento a la composición de la novela», talleres de composición y edición narrativas a cargo, respectivamente, de los escritores Marco García Falcón, Carmen Ollé, Cronwell Jara y Percy Galindo. Este último taller contó con cuatro sesiones, del 2 al 25 de abril de 2019.

«Un acercamiento a la composición de la novela» buscó desarrollar diversos temas, entre ellos, el oficio de narrar, la novela como género degenerado y como híbrido por excelencia, la precisión léxica, el cuidado gramatical, la ruptura de normas, las trasgresiones, el sueño de la voz propia, la historia, la experiencia modificada, el argumento, el conflicto,

el elemento diferenciador, elección de técnicas, el punto de vista, las técnicas para la construcción de personajes, la intervención textual de los personajes, la convención genérica, la estructura global, la estructura dramática, el ritmo narrativo, y los puntos de intensidad.

Esta selección de relatos —que agrupa los textos «Los libros de Corindón: Índigo» de Tomás Carreño, «Necrópolis» (fragmento) de Tanya Huerta, «El destino de Liam Ward» de Poldark Mego, «Memorias» de Lesly Oré, «Desenfrenos» (capítulo 1) de Federico Pflücker, «¡Qué tal viaje!» de Sara Pizarro y «Alba» de Claudio Temoche Cortez— es solo una muestra del entusiasmo creativo de un taller que consiguió convocar a una gran cantidad de personas interesadas en el arte de narrar.

*El editor*  
*Lima, junio de 2019*

## Los libros de Corindón: *Índigo* por *Tomás Carreño*

### 1. Lo de todos los días

¡Vito! ¡Vito Corleone! Ese es el Vito que quisiera ser, así les haría ofertas a ciertas personas que no podrían rechazar.

Lamentablemente no lo soy, tengo que conformarme con ser Livio Cárdenas. Más conocido como Vito, gracias a mi queridísima gemela porque no podía pronunciar bien Livito, perspicaz mote de mis primeros años. Pero como es costumbre en casa, se quedó como quería Livi —sí, es diminutivo de Livia, el ingenioso nombre que le dieron a mi hermana—, y terminaron llamándome todos así, solo que sin nada de mafioso.

Si a Vito Corleone le pasara algo y desapareciera, mucha de su familia entraría en pánico y lo buscaría hasta debajo de las rocas. Algunos no, claro está, en la mafia siempre hay alguien que te quiere muerto, con mayor razón si eres «El Padrino». Pero ¿si yo dejara de existir, notarían mi ausencia? Mi familia puede que sí, sé que mis padres me quieren, y Livi se aburriría rápido sin tener a quien molestar. En donde realmente me interesa saber si me extrañarían sería en mi colegio. ¿Mariel se preguntaría a donde fui, o simplemente vería una carpeta vacía a su lado, sin el curioso chico que siempre anda metido en su bloc de dibujo?

Supongo que ni uno ni otro. Lo más probable es que ni el bloc haya visto. No hemos cruzado más palabras, desde que entró hace medio año, que «préstame el borrador, por favor», «¿me prestas tu tajador?», «sí, claro, aquí está», y los clásicos de niño educado, «gracias» y «de nada». A veces me siento diciendo la clásica respuesta del chavo del ocho, «no hay por dónde», y justo en esos momentos, ella sonríe como si leyera mi mente y pensara lo mismo, ¿o será que sí lo digo y no me doy cuenta?

Tampoco es que desee morir, no quiero dejar de existir por completo. Soy feliz con mi vida, aunque sería más feliz si Mariel me viera; solo me imagino dejar de existir en el colegio. No soy el más alto, ni el más flaco ni el más gordo ni siquiera el más bajo. Mucho menos el niño bonito, el chancón o el *nerd*. Tan solo soy uno más que al parecer no hace nada. Aunque sí lo hago, me gusta dibujar y pintar, pero no dejo que nadie lo vea. Solo le dejo echar una ojeada de vez en cuando a Aariz, él es el friki del salón y mi mejor amigo. Su padre es un árabe millonario que casi no habla español, se la pasa viajando y haciendo negocios. Vive a unas cuadras de mi casa junto a su madre y sus cuatro hermanos, y todo el tiempo se la pasa creando guiones de comics para que yo los dibuje. Algunos son realmente buenos, pero no me siento capaz de colmar sus expectativas. Tal vez durante el verano me anime a hacer alguno, total, no tengo planes, y podría disipar la tensión de tener que entrar en alguna universidad.

—¡Guau, guau! Grrr... ¡Guau!

—¡Ay! ¡Zar! Cuántas veces te he dicho que no me asustes de esa manera. Casi me caigo del susto —miro al hermoso husky siberiano gruñendo, llorando y moviendo la cola, todo al mismo tiempo. Lo entrené el verano pasado y hasta ahora

no logro entender por qué es que a veces me ladra como si no me conociera—, ¿no vez que estoy solo? ¿Por qué no eres como Zarina? —señalo a una bella husky agazapada tras de él, mirándome con un poco de recelo pero moviendo tiernamente la cola.

—¡Guau, guau! —en fin, vaya a saber qué tiene este perro el día de hoy.

—¡Ah, hola, Vito! Pensaba que otro de esos benditos gatos se había metido en el jardín. ¿Saliste temprano del colegio? —pregunta doña Elsa, mientras sale de su casa; una vecina que vive a una cuadra de la mía y me conoce mucho antes que yo a ella. Adora a sus perros y odia a los gatos. Siempre que saco a Zar y Zarina de paseo me pide que les enseñe a atacarlos, no es que lo necesiten, es natural en ellos, además, ya lo aprendieron bastante bien de su madre, pero igual no le hago mucho caso.

—Buenas tardes, doña Elsa. Estamos en exámenes y ni bien terminamos nos dejan salir para que podamos estudiar.

—Menos mal que no te vas a mataperrear como la mayoría de mocosos, aprovecha la tarde y estudia. Ya verás la recompensa, en tus notas y en los regalos que recibas para navidad.

—¡Guau, guau! —realmente no sé por qué Zar y Zarina me miran de esa forma, a veces pareciera que tuviese al mismísimo Satanás acompañándome.

—Quién entiende a estos perros, si prácticamente se criaron contigo, pero bueno, ellos también tienen derecho a estar de malas a veces, ya jugarás con ellos en el verano —me dice doña Elsa mientras toma a los perros de los collares y los lleva dentro de la casa.

—Hasta luego, doña Elsa.

—Chau, Vito, saludos a tus papis.

Parece que el día va como es su costumbre, sin novedades. Y para variar allí está don Luchito, sentado como siempre frente a su casa.

## **2. Invasión**

—Buenas tardes, don Luchito, ¿otra vez tomando el sol de mediodía? —pregunto a mi vecino, sentado en una vieja mecedora entre la puerta de su casa y la mía, acompañado por su casi eterno perro labrador.

—¡Guau, guau! Grrr... —así es Wicho, el labrador, no sé si lo hace porque está ciego y, como también está perdiendo el olfato, no me reconoce... hoy no es mi día con los perros.

—¿Qué pasa, Wicho? Es Vitito, ¿ya no lo reconoces? No le hagas caso, hijo, está tan viejo como yo, a veces los viejos hacemos berrinche. Más bien dime, ¿cómo te fue en tus exámenes?

—Bien, solo tuve uno, de inglés, todo tan bien como podría irme con ese curso —a decir verdad, fui el último en salir y encima dejé algunas preguntas sin responder porque no entendía ni la mitad de lo que decían.

—Ja, ja, ja, ese suspiro me indica que tendremos que empezar a rezar. No te preocupes, estoy seguro de que pasas. Ahora entra de una vez, tu hermana te estaba buscando.

—Gracias, don Lucho, hasta más tarde.

—Hasta más tarde, hijo —a veces me gustaría haber nacido hace setenta y cinco años, para que don Lucho y yo tengamos la misma edad y seamos mejores amigos. Es increíble lo bien que nos llevamos. Siempre lo dice mi madre. Nací atrasado a mi época.

¿Qué querrá Livi? Cuando me busca, al punto que empieza a preguntar por mí, es porque me quiere pedir algo o cree

que le he hecho algo y viene a cobrárselas. Prefiero que sea lo segundo, no tengo ganas de hacerle favores a nadie hoy. Mejor subo a mi cuarto y no entro en casa hasta más tarde. Tener mi cuarto en el techo es lo mejor que me han dejado hacer mis padres. Con la escalera por fuera de la casa, directo al techo, me da una libertad y tranquilidad inmensa, sobre todo cuando no quiero que me molesten. Puedo hacer de todo sin que anden husmeando a cada rato. Claro que lo único que hago es dibujar, pero se siente bien la privacidad.

—Hola, Vito —definitivamente hoy no es mi día. Livi, en mi cuarto, revisando mis cosas.

—¿Qué haces aquí? Dejé la puerta con llave.

—Bueno, estas viejas puertas no son tan seguras como antes, a veces fallan —compraré un candado mañana mismo y desapareceré todos sus benditos ganchitos para pelo, como el que me está enseñando ahora mismo. ¿Con quién habrá aprendido esas cosas? Mejor ni preguntar.

—¿Qué necesitas?, don Lucho me dijo que andabas buscándome. Por nada no subes tres pisos y se te ve de tan buen humor.

—Necesito un favorcito, hermanito... —lo sabía—, ya sabes del trabajo de laboral que tenemos que presentar mañana..., acabo de hacerme la manicure... ¿no quedaron lindas? —¿por qué me enseña sus manos? No me importan—, encima tengo que estudiar para el examen de mañana y... —¿por qué demonios da tantas vueltas cuando quiere pedir algo?

—Yo también tengo que estudiar para el mismo examen.

—Sí, pero tú eres bueno en literatura, te gusta leer y todo eso. Seguro ni necesitas estudiar. Además, te gusta dibujar. No necesitas hacer algo nuevo, solo déjame llevarme alguno de estos dibujos que tienes por aquí. Yo me encargo del resto.

—Livi, el dibujo es temático, sobre culturas de distintos países, no puedes agarrar cualquiera de mis dibujos y ya. ¿Qué país te tocó?

—Escocia —esa cara que pone, no sé si me da pena o cólera. Con razón siempre convence a mi papá.

—Está bien, más tarde lo hago —algo de *Corazón valiente* sería creíble en ella, le gusta Mel Gibson.

—¡Gracias, hermanito! ¡Te adoro! ¡Chau!

—Chau, Livi —en fin, esa es mi hermanita. A ver cómo le va mañana en la exposición.



**Necrópolis**  
**(fragmento)**  
*por Tanya Huerta*

Cansado y casi a rastras, Drako salió del galpón dejando a Wuloo con sus cantos y su trance sobrenatural, su corazón latía como saliéndosele del pecho y, a pesar de su personalidad anormal y sangrienta, pensó en Dios. Criado, después de todo, en una ciudad totalmente católica y de costumbres arraigadas, le temía al infierno y a Satán. Su madre siempre le había dicho que este se lo llevaría si seguía destripando palomas y ratas que encontraba en la pequeña casa de adobe donde vivían —*madre, son soldados españoles y yo el Vengador Escarlata, solo coloreo todo de mi color favorito*— decía el pequeño Diego riendo con una sonrisa sin dientes.

Salió de la casa sintiendo el diablo dentro del cuerpo, las polvorientas calles de Lima lo azotaban con el polvo que el viento levantaba delante de él. Un carruaje le pasó muy cerca haciéndolo caer. Cruzó el río atravesando el Puente de Piedra al trote, le pidió perdón mentalmente porque era la primera vez que pasaba sin detenerse a admirarlo, tan majestuoso, una obra de ingeniería y arte sin comparación. La mezcla de piedra y fierro llamaba su atención, hacía que se quedara viendo las enmarañadas formas de su ornamentado borde.

Llegó casi sin aire a la plazuela de la iglesia de San Francisco y se sentó al borde de la pileta estirando la mano para

obtener un poco de agua de ella y calmar su sed. Levantó la vista hacia la fachada almohadillada del convento y se sentó en las escaleras desiertas. La noche estaba en su hora más oscura y el hidalgo joven apoyaba su rostro en la palma de sus manos. El rechinar de una puerta lo sacó de sus pensamientos.

—¿Qué haces aquí, hijo? ¿Qué hace vuesa merced a estas horas en la calle?

—Buenas noches, fray Gómez —el joven se levantó torpemente a besar la mano del lego—, no hago nada, no, nada.

Tras una pausa en la que el cura lo miraba con curiosidad parado a su espalda, Drako volteó hacia él de manera violenta.

—Fray Gómez, ¿los negros tienen alma?

—Todo ser creado por las manos de nuestro padre celestial tiene alma hijo mío, hasta las plantas pegadas al camino que golpeas con tus piernas al andar.

—O sea —pensó el esclavista—, ¿un negro también puede perder el alma o venderla? —caviló.

—¿De qué hablas, muchacho? ¿En qué andáis metido, Diego de Torres? No se juega con el diablo, él no es buen consejero. Pero ya deja de hablar tonterías y ven adentro que tiembles como hoja que lleva el viento.

Y diciendo esto, fray Gómez se encaminó a la entrada de la iglesia haciendo un gesto a Drako para que lo siguiera. Lo cual hizo el muchacho.

Diego había ido con su madre a esa iglesia casi todos los domingos, antes del episodio de la muerte de su padre. Decían que era el «lugar más limeño de Lima», suponía que era por su eximia arquitectura barroca en la cual llamaba la atención la técnica de «almohadillado», única en Lima. Pero

nunca la había visto vacía y a esas horas de la noche. Levantó la pierna para ingresar por su alta puerta de madera llena de ornamentos de metal que se asemejaban, a su vista, a muchos senos de mujer hechos de metal dorado. Miró alrededor ya dentro de la iglesia, todos los santos lo miraban al pasar, él seguía a fray Gómez como Dante a Beatriz camino al Paraíso. Se fijó en su cabello rapado en la parte superior de la cabeza, en su hábito marrón, el cordón blanco que rodeaba la poca cintura del padre y sus sencillas sandalias, símbolo de su orden.

Al entrar en el claustro lleno de paz, olvidó brevemente los horrores vividos un momento antes. El sonido del agua, que caía por su fuente central, relajaba sus sentidos haciéndolo caminar como en una nube. Fray Gómez lo condujo a la cocina, sencilla y austera, como el voto de pobreza que tomaban los padres franciscanos al consagrarse. Tomó asiento en una tosca banca de madera y fray Gómez le sirvió un poco de manzanilla caliente en un cuenco de barro.

—Afuera está helando, muchacho, contraeréis un resfriado de padre y señor mío si sigues en la calle a estas horas. Toma esta manzanilla para calentar el cuerpo que para eso nuestro señor Jesucristo ha inventado esta maravilla de planta y no hay que hacerle ascos a la inventiva del altísimo.

—Agradecido, fray Gómez —asintió Diego—, está caliente. ¿Lo hizo vuesa merced a leña o con uno de los famosos milagros que los chismosos le atribuyen a vos?

—¡Ah! ¡Locos lenguisuelos! No preste usted atención a los dichos de la gente haragana, no creo ser merecedor de tamaña virtud, simplemente encendí leña para calentar la manzanilla, no quise despertar a fray Martín, que es el que se encarga de estas santas labores a diario. Escuché pasos en

las afueras del convento y lo encontré a vos sentado en el frío como palomita arrancada de su madre.

Drako sonrió bebiendo un sorbo de la caliente bebida que humeaba llenándole las fosas nasales con el calor del vapor y pensando en la humildad de fray Gómez que, aunque él lo negara, era reconocido por los milagros que hacía en la Ciudad de los Reyes. Fray Gómez salió de la cocina haciéndole una señal, con la mano, para que espere. Regresó trayendo una vieja manta, pero tibia y acogedora como regazo de madre.

—Puede dormir en ese petate, hermanito, estará caliente al lado del fuego, yo ya me retiro a mi celda, que tenga usted buenas noches.

—Agradecido nuevamente, fray Gómez —se levantó Drako recibiendo la manta y cubriéndose con ella a modo de capa—. Me iré a primera hora, antes de que el gallo termine de cantar.

Fray Gómez asintió y desapareció por las puertas de la cocina. Diego no tenía sueño, el estar dentro de un convento de noche despertaba su curiosidad y era una forma de olvidar los temores nocturnos que le producían los recuerdos de Wuloo zarandeando el cuerpo de esa forma demoníaca.

Se cubrió bien con la manta y salió al patio del claustro a caminar, pasando por los pasillos llenos de pinturas murales representando la vida de san Francisco de Asís. Entró a la sala capitular, donde las dos hileras de asientos de madera tallada lo invitaron a sentarse. Ahí admiro el óleo de la Virgen de la Antigua y la colección de lienzos que lo rodeaban, miró hacia la puerta de la sala, la oscuridad de la noche lo llamaba a seguir investigando en las entrañas de la más admirada de las iglesias de Lima.

Wuloo, echado sobre la sangrienta paja de su carcelería, salivaba saliendo poco a poco del estado de trance que había vivido. Su sed de sangre lo consumía, ya sin poder sobrellevar la necesidad del vital líquido; pero esta vez de un ser humano. Salió de su encierro rompiendo la puerta de una certera patada con fuerza sobrehumana, quebrando, a su vez, el candado de hierro que la aseguraba.

Su pecho se movía de arriba a abajo agitado por su respiración frenética, levantó el rostro al cielo olfateando el aire frío y húmedo de la noche limeña. Aspiraba profundo, tratando de encontrar un olor en particular, olor a hombre blanco, olor a demonio, olor a demonio blanco, olor a Drako.

Agudizó sus instintos al máximo utilizando los sentidos que sus ancestrales congéneres le heredaron al hacerlo renacer en el mundo de las sombras. Al fin lo olió, lo podía rastrear, olor a espíritu joven pero perverso, a mente ágil pero podrida, a raciocinio lógico y a la vez perdido, una gran promesa para su etnia monstruosa.

Salió a la calle arrastrándose y avanzando al amparo de la oscuridad de la noche, cruzó el camino empedrado, la calle vacía le mostraba el camino, llegó al Puente de Piedra y el olor se hacía más fuerte. El aroma del joven e ilegítimo *lord* lo llevó ante una gran puerta de madera con adornos redondeados dorados en un alto edificio con muchos adoquines en su fachada que asemejaban almohadas, los ojos del esclavo se elevaron más y vio una conocida figura coronando la estructura.

—*Tenías que ser tú, siempre apareces donde menos espero*  
—pensó el africano mirando fijamente la cruz de Jesucristo,

que vigilaba desde lo alto la entrada al convento de San Francisco.

Don Diego había pasado ya por la sala de andas, el comedor y la sala del coro del convento. Se adentró entonces en la gran biblioteca, la vista de aquella vasta colección de libros cuyas pilas se levantaban del piso al techo del convento lo sobrecogió. En el loquerío de Santa Ana, donde había pasado algunos años de su infancia, Miss Hellen le enseñó sus primeras letras y después de mucho batallar con el travieso Dieguito, había conseguido un lector bastante ávido.

La biblioteca del convento olía a mohó y humedad, lo que, para Drako, era parte de su encanto, los tomos recubiertos de cuero dejaban ver todas las materias que tenían para enseñar. Fascinado, comenzó a pasearse por las estanterías llenas de libros, rozando con sus dedos los viejos lomos mientras pasaba.

De repente, sintió un escalofrío en la nuca y una gota de sudor se precipitó por su columna vertebral, giró la cabeza despacio y vio una sombra esconderse rápidamente tras un estante. Caminó lentamente y se escondió tras la escalera corrediza que llevaba al segundo nivel de la estantería. Entre los delgados escalones de madera podía observar el movimiento en la biblioteca, sin moverse miró hasta donde le daba la vista, ni un movimiento, dio un paso adelante hacia la salida, cuando la sombra negra salió rápidamente por una de las altas teatinas del techo que durante el día dejaban pasar la luz natural.

El joven Drako aprovechó para salir de la biblioteca, encaminándose hacia la salida del convento por uno de los pasillos del claustro, no pensaba pasar un momento más en ese lugar. El sonido de los pasos que lo seguían se hacía cada vez

más claro y cercano. Apresuró el paso en el oscuro corredor solo iluminado por algunas antorchas y se detuvo en seco volteando rápidamente, nada. Siguió su camino, el laberíntico convento no lo ayudaba en su huida, había caminado distraído por sus salones y corredores sin poner atención en el camino que tomaba y desandar sus pasos no le estaba siendo fácil.

Bajó un piso más y se encontró con la sacristía con su cajonería hermosamente tallada, donde los padres franciscanos guardaban sus ornamentos y vestimenta para los servicios religiosos, pero no había tiempo para admirar los tallados; los pasos se acercaban retumbando sordamente en el silencioso convento y la sombra negra aparecía y desaparecía alrededor de él como destello demoníaco.

La temperatura bajó alrededor del muchacho cuando la sombra estaba más cerca de él, Drako corrió para alejarse del ente, los pasillos se hacían interminables y las salas cada vez más oscuras, los pasos resonaban en sus oídos y su corazón luchaba por no salirse de su pecho. Pensó entonces refugiarse en la iglesia del convento recordando las palabras de su madre —*Dios está en todo lugar, pero si lo visitas en su casa serás el convidado y te servirá primero*—. Seguro Dios lo vería, solo esperaba que no desviara la mirada cuando se diera cuenta de que era él.

Corrió lo más rápido que pudo hacia la Iglesia casi en la total oscuridad, un rayo de luna entraba por uno de los vitrales e iluminaba el altar mayor como si estuviera preparado para un ritual, el haz de luz llamó su atención por un momento, no se había percatado de lo deslumbrante que estaba la luna esa noche, era casi sobrenatural. Giró la cabeza y vio venir la oscuridad de la sombra como una ola de negro mar intentando tragárselo, se precipitó por el pasillo principal de

la iglesia acercándose cada vez más a la puerta de salida, ya estaba tan cerca, apenas se dio cuenta cuando su pie se hundió entre los barrotes de metal de una rejilla en el piso y su cuerpo se volcó de bruces sobre esta que cedió ante su peso precipitándose hacia la profundidad de las entrañas de la iglesia. Cayó varios metros en la oscuridad más negra, el golpe fue seco y al llegar al fondo, se escuchó el crujir de huesos.

\* \* \*

Los párpados de Diego se movían con rapidez en una convulsión involuntaria, su cerebro luchaba por levantarlos para ver su sorpresivo destino. Finalmente, los abrió para encontrarse en la penumbra más profunda, la más lóbrega noche no se asemejaba a las tinieblas del lugar. Ahora podía entender lo que sería ser ciego. Trató de levantarse y su cuerpo protestó con agudos dolores, se quedó quieto para relajar los adoloridos músculos esperando no haberse roto ningún hueso. Sus manos comenzaron a investigar la superficie donde había caído, era irregular y parecía cubierta de pedazos de rocas lisas y delgadas, algunas largas, otras redondeadas, algunas porosas y otras suaves. Un lejano punto blanco apareció haciéndose más brillante mientras sus ojos se acostumbraban a la negra oscuridad. La luz de una antorcha alumbraba a lo lejos, sobre su cabeza. Drako miró alrededor de él, cráneos, húmeros, tibias y peronés lo rodeaban y habían sido su colchón en la caída.

El ilegítimo conde abrió los ojos con el horror reflejado en ellos, las paredes inmensas que se levantaban alrededor de él, lo hacían sentir en un profundo pozo y eso era, efectivamente, un pozo lleno de huesos humanos corroídos por el paso de



los años algunos y otros frescos, aún con jirones de piel pegados a ellos que lo había recibido en su regazo tras la aparatosa caída. En la penumbra, el joven esclavista se paró con gran esfuerzo, sus huesos crujieron acomodándose nuevamente con sus tendones y músculos, su piel sangraba en diversos lugares donde los huesos más filudos habían hecho escarnio. Caminó sobre cráneos y demás partes humanas hasta que tocó el muro, miró hacia arriba. A muchos metros de altura estaba la única luz que divisaba, una pequeña antorcha colgaba en lo alto del techo del sótano de la iglesia, comenzó a caminar palpando la pared con la esperanza de hallar alguna salida, se dio cuenta de que era un pozo circular cuyas paredes de ladrillo y calicanto se levantaban unos ocho metros sobre él. Había caído en la fosa común de las catacumbas de la iglesia de San Francisco, principal lugar de entierro de la ciudad de Lima ya que no existía ningún cementerio hasta ese momento. La población acostumbraba a enterrar a sus muertos en el atrio o debajo de las iglesias para que estuvieran más cerca de Dios.

Don Diego encontró, tras mucho palpar la pared, algunas salientes por las cuales trepar. Se puso en marcha, luchaba contra sus dolores a cada paso que lo acercaba a la salida. Solo miraba la luz, lo atraía como una polilla y trataba de acercarse a ella. A mitad de camino, volvió a sentir el frío mortal y un viento gélido le erizó la piel a pesar de estar en un sitio cerrado. Temió que la sombra regresara en cualquier momento y empezó a subir tan rápido como su herido cuerpo le permitía. De repente, sintió un peso en su espalda, como si estuviera cargando un pesado saco de piedras, un brazo rodeó su cuello asfixiándolo y lo hizo caer hacia atrás, Drako soltó el muro y cayó nuevamente al vacío, la caída se hizo interminable, el nauseabundo olor del aliento de Wuloo impregnaba

su nariz, la voz del africano, sus oídos, con los endiablados cantos de voz ronca, profunda y de palabras incomprensibles que profería. Un agudo dolor hizo que el joven se paralizara y sus extremidades cayeran flácidamente a los lados de su cuerpo, la negra sombra lo giró para tenerlo cara a cara y volvió a hincar los dientes en su cuello. Sintió como la sangre salía de su cuerpo succionada por el oscuro ser, incrustó las uñas en los brazos de Wuloo tan profundamente que unos hilos de carmín escaparon recorriendo la negra piel. Su corriente sanguínea se aceleró y su corazón dio los últimos latidos, se cortó el aliento del joven e infeliz conde, su rostro se tornó de un rojo sanguinolento y sus ojos inyectados de sangre perdieron el brillo de la vida. Llegó a lo profundo de la fosa como un cuerpo inerte, un cadáver lleno de órganos muertos esperando enfriarse. El esclavo sostuvo su cuello una vez más como disfrutando el fin de su cacería, no quería desecharlo, después de todo no fue fácil conseguirlo.

Wuloo se sentó sobre los huesos de las incontables personas que descansaban eternamente en el lugar y atrajo el cuerpo de Drako inmediatamente hacia él. Le abrió sus venas con una de sus filudas uñas y acercó su muñeca al rostro del joven. La sangre condenada, la sangre maldita del vampiro, inundó la boca del muchacho abriéndose paso por su garganta, refrescando sus órganos, llenando su cuerpo con el fluido de la nueva vida. El africano se hizo a un lado, esperando.

Don Diego de Torres y Messía abrió los ojos.

## El destino de Liam Ward *por Poldark Mego*

La madre de Liam Ward había muerto; para el arquitecto, de ascendencia irlandesa, despedirla no sería fácil, pues la mujer que lo engendró falleció en Tristán de Acuña, la isla habitada más remota del mundo. Los ojos verdes de Liam se perdían en la inmensidad azul del Atlántico sur mientras esperaba el barco que lo llevaría de Ciudad del Cabo a la mencionada isla.

Atrás quedaban sus proyectos, su departamento cerca del Central Park y Sophia, su novia, con cinco meses de embarazo y principal razón para regresar lo más pronto posible.

Liam se sentía obligado a despedirse de su madre, la única familia que tuvo presente toda su vida, aquella mujer que convirtió una casa pobre en un hogar y apoyó cada sueño del niño hasta convertirlo en un profesional. Su padre, por otra parte, era un viejo pescador que vivía obsesionado con el mar y cada que podía se embarcaba en una nueva faena de semanas o meses. Su ausencia creó en Liam un fuerte resentimiento contra aquella indiferente masa de agua que le robó la oportunidad de tener una vida común con ambos padres.

Con Liam hecho un profesional, su madre creyó que era momento de unirse a su padre y disfrutar de la vejez en un

lugar apacible y alejado. Sin embargo, el arquitecto de treintinueve años encontraba ilógico que aquel retiro sea en el fin del mundo. Gracias a una precaria conexión de internet, su madre lo mantuvo al tanto con un correo electrónico cada mes. No había mucho que contar, los viejos paseaban por la isla, se hacían amigos de los lugareños, su padre se hizo a la mar un par de veces, ya que la economía de la isla se basaba en la pesca de langosta, pero la edad y algunas lesiones lo postraron en cama buen tiempo. Liam intentó convencer a su madre de regresar a la ciudad, pero ella se negó. Hace tres semanas llegó un nuevo correo a la bandeja de Liam y, a pesar de ser la misma dirección de *e-mail*, quien redactaba era su padre, aquello le hizo sospechar lo que líneas más abajo confirmó.

Ahí, frente al puerto, Liam se hacía consciente de su diminuta existencia frente a la totalidad del mar, imaginarse atravesar aquellas aguas traicioneras le causaba un sudor frío. Intentó recordar el rostro de su novia para apaciguar su temor, pero no podía dar con los detalles más precisos de su sonrisa como si aquel viaje le estuviese borrando la memoria con cada milla recorrida.

En Ciudad del Cabo se encontró con Tom Glass, uno de los habitantes de Tristán de Acuña, que lo esperaba listo para partir.

—Hombre, qué bueno que coordinamos todo por el correo ese, normalmente toma un mes para un viajero encontrar boleto a la isla —reía el marinero con una sonrisa chueca que evidenciaba placas de dientes postizos—. Vamos, tenemos el tiempo apretado.

Se hizo a la mar y durante cinco días debía soportar las penurias de viajar en una estrecha nave donde doce personas

compartían un baño y todo a su alrededor era mar. El océano con aquel azul profundo, indescifrable, como una manta viva que cubría todo lo ignoto. Liam pensaba en los temores de millones de marineros que navegaron y murieron en sus aguas, gritos cubiertos tras el manto perpetuo, el arquitecto podía jurar que en más de una ocasión oyó los lamentos mezclados con el soplo del viento. Para Liam esto era terreno incierto, él era un ciudadano aferrado a su oficina. Estar ahí con gente de expresión dura, que reían con sonrisas incompletas soportando el vaivén de las olas que abofeteaban sin misericordia la embarcación, lo hizo sentir ajeno, arrojado desnudo a un terreno irreconocible. El mar, el mar que tanto odiaba de pequeño parecía tragarlo, reducirlo a un grano de arena, desaparecerlo. Odiaba estar ahí, lo odiaba tanto como que su padre lo haya llamado, odiaba la muerte de su madre «¿por qué tú y no él? Si hubiese sido él, no habría razón para hacer todo esto ¿por qué tú?».

Al cuarto día, Liam ya estaba hastiado de aquel viaje, las olas no dejaban en paz al barco ni un solo instante, se había terminado todas las pastillas para el mareo que llevó y le era imposible retener el almuerzo. Debido a su estado físico, no tenía ni fuerzas para socializar, sentía que aquella travesía le drenaba la energía, lo cambiaba, revisaba cada tanto las fotos de su celular, cuando veía las imágenes con Sophia la percibía distante, como que ella fuera parte de una vida pasada, de otra existencia, era el mar, pensaba, quería regresar a Nueva York y por alguna razón su vida pasada comenzaba a perderse en una espesa niebla.

Caminando por el estrecho pasillo, dirigiéndose a la borda para devolver el almuerzo, Liam se cruzó con Tom Glass, ambos se miraron fijamente, Liam encontró extraña

la mirada de Glass, con los ojos abiertos, con las cuencas casi desorbitadas, creyó notar que la nariz se le había achata-  
do, pero no estaba seguro. —¿Cómo vas, hombre? —sonríe  
Glass al momento que acomoda su dentadura superior—.  
Ya casi llegamos.

—Para eso un día más —contestó Liam.

—¡*Tierra a la vista!* —el grito del marinero llenó el pasillo.

Un Liam extrañado, por la rapidez del barco, salió acom-  
pañado por Tom Glass, las ganas de devolver se le fueron al  
salir al exterior donde una dura tormenta caía cruelmente,  
sobre todo. Se aferró a la proa para contemplar la isla, pero  
una ola de siete metros rompió en el casco salpicándole con  
fuerza agua salada; Liam maldijo para sus adentros, no tuvo  
tiempo de secarse los ojos cuando otra ola de mayor propor-  
ción creó un aniego en babor. Los habitantes de Tristán se  
miraban recelosos, mudos, con las manos aferradas a lo que  
sea para no caer y las bocas dibujadas como líneas delgadas  
en sus rostros.

—Vamos adentro, aquí estorbamos... —le exigió Tom a  
Liam.

—Quiero ver la isla —insistió el arquitecto elevando su  
voz por encima del rugido del mar, un rugido que Liam en-  
contraba casi bestial.

—El mar está picado, dejemos a los que saben, sería muy  
malo que cayeras por la borda.

Liam, sujeto con fuerza de la baranda, elevó el rostro para  
presenciar la isla, la masa de tierra sobresalía del mar aseme-  
jando el lomo de una descomunal bestia, sobre ella, una co-  
lina gravemente empinada, daba la impresión de ser una gi-  
gantesca cresta de proporciones apocalípticas que profanaba  
el grisáceo firmamento. El volcán, dedujo. La marea le hizo

perder el equilibrio, resbaló y se golpeó la mandíbula contra la baranda, la sangre brotó escandalosa y se perdió en minúsculos borbotones en la inmensidad azul del Atlántico, que de pronto ya no parecía tan azul, Liam notó que la embarcación surcaba sobre una masa oscura de agua, con una extensión que causaría talasofobia al mismo Odiseo.

De un tirón fue llevado por Glass al camarote donde cayó en un intranquilo sueño en el que Liam caía de la embarcación a las profundidades del océano, como si tuviera zapatos de cemento, lo más aterrador era que no había nada en él, no había bestias gigantes sacadas de películas de ciencia ficción o tiburones hambrientos, no había nada, la oscuridad parecía tragarlo convirtiendo su cuerpo en parte de ella y al fondo del abismo una negrura absoluta, cuando elevó la vista en busca de la superficie notó que esta disminuía como si dos placas aserradas se juntaran ocultando la luz del sol para siempre.

Liam despertó empapado en sudor y con el corazón en la boca. Se repuso sobre un colchón viejo relleno de paja y percutido, la habitación donde estaba tenía manchas de humedad en las paredes, muebles de madera enmohecidos, una vela a medio consumir sobre una palmatoria era la única luz que luchaba por hacerse notar en aquel ambiente gris, lóbrego. Un ardor ataca su barbilla donde se dio con la baranda, al llevarse los dedos notó su barba crecida, estaba seguro de haberse afeitado el cuarto día en altamar.

La puerta se abrió con un rechinar producido por goznes oxidados, una figura harapienta ingresó, llevaba un plato de sopa en una mano y sus ropas goteaban. Es ahí que Liam nota la lluvia a través de la ventana empañada, la cellisca caía menuda y constante, aparentemente sobre toda la isla.

—Liam —saluda la figura, era un anciano cada vez más jorobado, como si la tierra lo estuviese pidiendo.

De inmediato, reconoce de quién se trata. Ni todas las arrugas ni todos los siglos podrían hacer que se olvide de él. Era John Ward, su padre. El viejo lobo de mar, quien fuese un hombre con los músculos esculpidos en el fragor del océano, lucía acabado, como consumido por una tristeza eterna, pero mantenía la mirada de orca asesina tatuada en la cara. —Dormiste por tres días. —Su voz, pese a la edad, seguía poderosa.

—¡Tres días! —la sorpresa de Liam aumentó al verse con ropas cambiadas. Su padre interrumpe acercándole el plato, Liam se muestra receloso; sin embargo, su estómago reverbera y avergonzado aceptó el grumoso caldo. El calor que transmitía la porcelana lo invadió causándole cierto alivio. Observó con detenimiento el contenido del caldo, al principio le pareció tejido ictérico, nada apetitoso; sin embargo, conforme el aroma penetraba su olfato comenzó a sentir una necesidad por devorar el contenido, apuró la cuchara y dio de sorbos a pesar de lo caliente del caldo.

A medida que comía las irreconocibles piezas de carne blanda, Liam se recomponía. ¿El caldo tenía alguna propiedad particular o solo era que necesitaba alimento? No se detuvo a pensar en ello, algo más importante rondaba su cabeza.

—Después de comer, voy a ver a mamá y me iré de la isla —lo dijo en el tono más despectivo que pudo, quería exteriorizar su rechazo a esta tierra, aunque por dentro no sabía cómo sentirse realmente—. Es la única razón por la que vine hasta aquí.

Con el rostro hierático, John le contestó:

—Estás en todo tu derecho de querer despedirte e irte... —se toma unos segundos antes de la siguiente frase, como



sospechando las consecuencias de sus próximas palabras—, pero el viaje de regreso será dentro de diez días.

Liam pasó saliva amargamente y de pronto se hizo necesario comer más de aquel caldo de pescado o langosta —o lo que fuere—, descartó la idea al ver que estaría estancado en la isla por diez días más, diez días más del mismo caldo, el mismo cuarto y rodeado de océano; la pesadilla regresó como un recuerdo vívido y de pronto se sintió claustrofóbico. Se repuso y sus pies descalzos sintieron el frío y la humedad del piso de madera ¿o era tierra? El suelo era extraño; se sentó en la cama y dispuso sus medias y botas, necesitaba aire, le urgía.

John, que leyó las intenciones de Liam, le quitó de las manos el plato vacío y tomó distancia para que asumiera la noticia —que no lo estaba tomando nada bien— con una mirada indescifrable de ojos verdes apagados alojados en cuencas arrugadas lo contemplaba.

Liam salió de la habitación y cruzó una cocina igual de lúgubre y oscura, con sartenes que colgaban de una barra, ollas viejas y cuchillos que se escondían en las sombras, la mesa de comedor en medio con dos posiciones, dio con la puerta exterior y se extrañó al no ver cerradura, cualquiera podría ingresar.

—Es un pueblo chico —le dijo el viejo John como adivinando sus pensamientos. Liam batió la puerta y salió.

Ante él estaba el pueblo de Tristán de Acuña; sin embargo, las fotos lo pintaban muy diferente, pues las escasas casas de madera parecían chozas precarias que soportaban estoicamente el paso del tiempo, el ambiente era gris, apagado por el mortecino aguacero y nubes grises hasta el fin del mundo, redes de pesca, vasijas de barro, techos a dos aguas, rúas sin vereda donde las gotas caían creando riachuelos sobre el lodo.

La gente transitaba con ropas desteñidas y remendadas del mismo color de las casas, iban descalzas mientras tiraban de carretas llenas de langostas, aunque nunca había visto una en vivo, asumía que lo eran por la forma alargada y el caparazón segmentado. Una mujer se detuvo frente a él.

La mujer de unos veinte años era de piel pálida como si no tuviera una gota de sangre, los ojos anormalmente separados y desorbitados, cuando abrió la boca para decir algo, Liam notó la dentadura aserrada de la muchacha. Le recordó inmediatamente a una piraña. La joven le apuntó, como si lo acusara, y de su boca salió un sonido extraño, como el gorjeo de una garganta llena de agua. Liam retrocedió, el calor del caldo había desaparecido, en su lugar un frío le atenazaba las entrañas, una sensación de miedo mortal.

—Sígueme, vamos a ver tu madre —interrumpió el viejo lobo de mar, se dio la vuelta y sin esperar a su hijo comenzó a caminar.

Liam prefirió seguirlo, por un instante se vio tentado a regresar la vista a la joven, pero su temor fue más y renunció a la idea. Siguió al hombre que lo engendró a través del pueblo; vio un par de casas algo distanciadas donde los crustáceos eran colgados de tendales o los molían con instrumentos rudimentarios.

—¿El pueblo entero vive de la langosta? —interrogó a su padre sin éxito. Sentirse ignorado afloró los sentimientos encontrados que tenía por aquel hombre que, en un último esfuerzo por hacer su vida miserable, se llevó a su madre hasta este espantoso y deprimente lugar. Ward, con las manos echas puños, adelantó el paso para enfrentar su pasado, ya que estaba aquí y no podría salir en diez días sonaba razonable zanjar ciertos temas. Pero un grupo de niños

interrumpió su envalentonada, pequeños de pies libres que corrían sin temor a resbalar y caer en el barro, uno de ellos chocó con la pierna de Ward y por un instante cruzaron miradas, Liam contuvo el aliento a ver los ojos del pequeño, dos esferas oscuras sin brillo rodeadas por una piel cuarteada y brillante «como escamas», pensó. Su padre regresó unos pasos y lo apuró del brazo.

—No te detengas, no queda mucho tiempo.

A partir de ahí, fue llevado, casi a la fuerza, al interior de la isla; ingresaron en una cueva al final del pueblo, una oscuridad tan oscura como la maldad más pura. El padre encendió una antorcha para guiarse, pero la luz de esta era tan escasa que parecía inútil; sin embargo, John conducía a su hijo sin problemas por el camino descendente.

A medida que penetraban en el interior de Tristán de Acuña, Ward comenzó a sentir que no se encontraba en la mencionada isla, sino que había viajado a un mundo paralelo, un mundo extraño que a la vez le resultaba familiar por alguna desconcertante razón. En su camino quiso recordar el rostro de su madre, pero le fue imposible, incluso recordar el de su novia ¿y el nombre de su novia o el de su futuro hijo? Sus esfuerzos por ahondar en sus pensamientos evitaron que se percate que la temperatura de la cueva aumentaba, Ward comenzó a sudar y cuando se detuvo se halló en la más completa oscuridad, la antorcha hacía mucho que se había apagado.

Ahogó un grito, su corazón se detuvo un instante para luego palpar desahogado, quiso retroceder, pero la oscuridad era absoluta, tener los ojos abiertos era inútil, el terror que lo invadió llegó a darle náuseas, y cayó de rodillas, vomitando el caldo ingerido.

—¡No temas! —oyó la voz de su padre y de inmediato escuchó lo que parecía ser carne sobre carne en movimiento, a su izquierda una enorme masa se desplazó en la negrura llevando su estado de alerta al límite. Después, de manera fulminante, algo enorme se encendió a unos metros de él, parecía un globo ocular de un rojo sanguinolento y de unos diez metros de alto, sin iris, recorrido por venas tan anchas como brazos adultos. Aquella masa de carne despedía su propia luz, parecía observarlo con ansia rabiosa.

Víctima de un ataque de pánico, Ward no pudo pronunciar palabra alguna, un chillido agudo y sofocado fue su único medio de defensa, se cubrió el rostro con las manos y por un instante creyó ver entre sus dedos una suerte de membrana, como si fuesen de un animal palmípedo, gritó y su grito resonó en toda la cavidad, en respuesta hubo un rebuzno profundo y tan fuerte que le removió el cerebro. Ward cayó de cuatro patas, iluminado por la rojiza luz que aquel ojo dantesco proyectaba.

—No tiene nombre —escuchó decir a su padre a unos cinco metros, la luz roja caía sobre su barba y ropas dándole el aspecto de un pobre cliente de prostíbulo del terror—. Existe desde antes de que los nombres fueran inventados... llegó cuando la tierra era un hervidero de gases tóxicos donde la vida jamás nacería —se acercó a Ward portando un cuchillo rudimentario—. Gracias a él la vida apareció en la tierra.

—¿Qué...? ¿Qué estás diciendo? —Ward no levantaba la vista del suelo que ya no le parecía madera o tierra, el suelo estaba vivo, era carne, carne palpitante, la isla entera era esa cosa (lo que fuere) y estaban dentro, en sus entrañas—. ¿La vida? No... no comprendo.

John suspiró largo.

—Te lo contaré rápido, no tenemos mucho tiempo —se limpió la garganta y reviso el filo de su arma—. Él es el origen de la vida en este planeta, llegó de muy lejos hace millones de años y durante todo este tiempo estuvo navegando por los océanos mientras entraba y salía de lapsos de sueño. Cuando despertaba todo terminaba. En el colegio te hablaron de las extinciones masivas, ¿no? Él es el causante, pasó mucho para que sepamos cómo calmarlo —el viejo esperó a que Liam interviniera, pero estaba turbado así que prosiguió—. Su propia sangre lo calma, su propia carne... antes de la fecha debe comerse a uno de sus hijos, eso evita que despierte y acabe con todo —haciendo otra pausa—. El hijo debe ofrecerse voluntariamente, Liam... Es todo un ritual, pero lo hemos descifrado, y hemos pasado miles de años evitando un holocausto mundial.

Ward, sin levantar la vista, reposa sobre sus piernas.

—¿Sus hijos? Arriba tienes como cien de ellos, ¿crees que no me di cuenta? ¡No son humanos!

—No, no lo son, pero tampoco son sus hijos... imagina algo parecido a las rémoras de un tiburón, aquí hay toda una cadena alimenticia; están los que parecen langostas, que son una especie de parásitos y otros más hasta llegar a nosotros, pero ninguno somos sus hijos.

Nuevamente la sensación de saber lo que vendría a continuación lo capturó. De alguna manera tenía sentido, el sentimiento de sentirse extraño y cercano a este «lugar» el sabor gustoso que encontró al probar la comida, el olvido de su vida pasada. Calló, su silencio le dio licencia a John para sentenciar la ocasión.

—Tú eres uno de sus hijos, Liam... no voy a entrar en detalles de cómo lleve su semilla hasta tu madre, pero de todos

los hijos regados por el mundo tú fuiste elegido para calmar su hambre, es tu destino.

Por fin Liam alza la mirada para encontrarse con la de John. El viejo comenzaba a perder la compostura, su piel empezaba a verse resbalosa y sus ojos se desorbitaban con cada segundo, sonrió con una boca sin dientes que le recordó a Tom Glass.

—¿Qué pasa si me niego? —otra pregunta con una respuesta obvia.

—Si lo haces él despertará y el mundo terminará —Liam estaba atemorizado, pero no por lo que le pase al mundo, eso no le importaba, John lo notó y cambió de estrategia—. En ese mundo están Sophia y tu bebé.

Liam se agarró el pecho cuando un ramalazo le hincó en el corazón, ¡mi familia! El rostro desencajado de Ward hizo que John, en un tono consolador, lo calmase.

—Tu hijo no lleva la sangre de este ser, Liam... tu hijo nacerá normal y no tendrá tu destino. Si no haces esto ahora... no le quedará ninguno.

Conforme y extrañado por las palabras de un sujeto ajeno, que ahora resulta que ni fue su progenitor, Liam repasó las palabras dichas «Tu hijo nacerá normal» y al mirarse las manos notó nuevamente el tejido conectivo y escamas en lugar de piel. Ward esbozó una sonrisa yerta y resignado a su innegable destino se puso de pie.

—¿Y mamá? —preguntó invadido por una extraña calma.

—Ella fue humana, te quiso y también sabía de tu destino, sabía lo importante de tu misión. Ahora descansa dentro de él —John señaló al óculo rojo—. La carne se une con la carne y se hacen uno. Ahora ve, Liam, haz que él continúe navegando en letargo por los siete mares —le acercó el cuchillo.

Liam tomó el mango y examinó el filo que brillaba con complicidad ante la luz carmesí, por un instante meditó en la posibilidad de abrirle la garganta a John por tantas mentiras. Desistió. Su obligación como padre se antepuso. Se abrió un surco en la palma de la mano y de inmediato, al percibir la sangre de su hijo que caía a gotas, la bestia atemporal reaccionó y la esfera roja tembló con expectativa. Liam avanzó hasta tocarlo y entonces sintió como el círculo se cerraba. Era cierto: Ward era hijo del monstruo. Al instante la carne palpitante se deformó y unos tentáculos cárnicos, gruesos como toneles, abrazaron a Liam Ward, que fue tragado en cosa de segundos. La bestia pareció convulsionar satisfecha por el sacrificio y aquel globo de sangre menguó su rabiosa luz con paciencia hasta caer en profundo sueño esperando el próximo despertar y al próximo hijo.





## Memorias *por Lesly Oré*

*«Ella está por encima de mi baja autoestima, soñé con causar eclipses en cada lunar que tenía».*

Aún siente dolor en las piernas, brazos y espalda. Al caminar, al sentarse, al moverse. Recuerda la causa del dolor. No, no es por ejercicios. O quizá sí. Una especie de ejercicios que tuvo a dos personas en su máximo potencial, dando lo mejor de sí a altas horas de la noche y a inicios de un nuevo día. Tal vez los ejercicios más placenteros hasta el día de hoy. Sin duda alguna, los repetiría una y otra vez. Mas aún si se trata de la misma persona...

Pasó la incertidumbre. Álex y yo podemos respirar tranquilos. Hace unos días cumplimos cuatro meses juntos. Como toda pareja tenemos algunos desacuerdos y breves discusiones. A pesar de ello logramos salir victoriosos de esos «problemas». Actualmente es una de las personas que más tiene mi aprecio, cuya vida me importa sobremanera y por la cual podría cambiar muchas cosas en mi día a día o incluso influir en mis decisiones a futuro. Pero ¿qué me está haciendo este

chico realmente? Despierta sentimientos totalmente inexplicables en mí. Emociones que nunca sospeché tener. Como aquel instinto materno que me motiva a asegurarme de que no tenga frío o enferme de algo.

No tengo certeza alguna sobre la existencia de «la otra parte», «la media naranja», o alguno de esos términos que se emplean para describir a la persona que te complementa. Sin embargo, con él siento que mi vida y la de él estaban destinadas a cruzarse. Solo basta con recordar la forma en que nos conocimos.

*«Aquellos grandes ojos marrones, que durante años dibujé sin parar, me miran resplandecientes cada noche, demostrándome que valió la pena esperar»*

30/10 14:31

Trescientos sesentaicinco días (365).

Desde aquella primera vez que intercambiamos palabras. Un sillón en medio del salón fue el punto de encuentro, de partida, de plática en una atmósfera de bullicio ajeno y vasos de alcohol. Pero eso ya lo sabes y no es mi objetivo recordarte aquel día, puesto que creo que tú lo recuerdas más que yo. Lo que no te conté es que al término de nuestro encuentro en aquel sillón tuve la sensación de que tú y yo debíamos conocernos. Que todo lo que había sucedido hasta aquel día había confabulado, de alguna forma, para que ambos nos encontrásemos ahí mismo, en ese preciso instante y lugar. Lo recuerdo claramente. Una especie de química, buena vibra y energía fluía en el ambiente en torno a nosotros. Podía percibirlo al mismo tiempo que dirigías algunas

palabras a esta impertinente que llegó con la firme intención de quedarse con el sillón y que tú te esfumaras al notar que esa era mi intención. Mi plan no dio resultado y, contrario a lo que esperaba, al cabo de unos minutos agradecí al universo tu compañía infinitamente. Aquellos casi cuarentaicinco minutos, que habrá durado el «liberarme» espiritualmente hasta que Andrea llegó para interrumpirnos, fueron sin duda excepcionales. Maldecí a Andrea por lo bajo. Y confíe en que no sería la última vez que el universo se manifestara de una forma tan obvia, juntando a dos personas aprovechando que estaban ebrias. Aquel encuentro constituyó la prueba fehaciente, al menos para mí, de que hay un ente que Todo lo ve, todo lo sabe y que hace que las cosas pasen. Lo más cercano al «Dios» de los católicos. Jamás lo sentí tan cercano desde aquella vez que me diste un espacio, en vez de simplemente irte. Dudo mucho que el que haya estado ebria haya influido en mi percepción sobre nuestro encuentro. Tal vez aquel «Ente» se sirva de aquello para confiar en que su secreto está a salvo. Pero no, yo sé lo que provocó y nadie me va a persuadir de lo contrario. Sé que alguna vez ambos, aunque no lo recordemos, fuimos uno solo. En algún momento de nuestras vidas pasadas estuvimos juntos, al menos en el mismo cuerpo. Y aquel encuentro en la casa de Andrea fue uno de Los encuentros que se nos debía. El universo nos lo debía.

Álex. Ese es su nombre. Me encanta. Tanto como él. Extraña forma el cómo él y yo cruzamos nuestras miserables vidas. Tal vez el destino, el universo, o Dios lo tenían previsto. Tal vez solo era cuestión de tiempo el que ambos nos conociéramos. Tal vez solo sucedió y punto. Tal vez y, solo tal vez, nuestra unión influya en algo nuestros futuros. Futuros que como dos personas maduras, racionales, aventureras

y sobre todo locos, soñadores y geniales... tenemos previsto. Metas realizables, palpables, objetivas que requieren de mucho esfuerzo, fuerza de voluntad, y quizá suerte. No todo es esfuerzo y fuerza de voluntad. No todo es «Si querés, podés». No, la vida es para quienes están dispuestos a darlo todo por más o simplemente por nada. Y él y yo estamos dispuestos. Confiamos plenamente en nosotros más, no en el mundo en el que vivimos. La sociedad en la que nos tocó nacer es una completa mierda que tarde o temprano —a lo mejor más temprano que tarde— será borrado de la faz de la tierra. No por países que quieran adueñarse de nuestras riquezas y maravillas arquitectónicas, sino por las personas que en ella habitan. No quiero ahondar en el día a día que se vive en esta nación llamada Perú. Solo explicitar el contexto en el que nos desenvolvemos actualmente —11/02— Álex y yo.

\* \* \*

Desde el 24 de noviembre empecé a salir de mi burbuja, del caparazón o del huevo, tal cual un pequeño polluelo. Desde ese entonces no hice más que apreciar y valorar todo lo que mi padre hizo por mí. Realmente tuvo que haberme amado para pasar por tanto como para que ahora lo traicione de una manera tan vil y, tal vez, hasta mediocre.

Lo siento, padre, pero yo no te pedí nacer. Lo siento, pero quizá te hubiese agradecido mucho más el que mi madre hubiese abortado, así ustedes podrían haber seguido sus vidas con normalidad y yo no estaría ahora con esta suerte de eventos sumamente indeseables.

Me siento una tremenda estúpida por no haber podido ser una más del montón, ser otra oveja en el rebaño, ser otro

ladrillo en la pared. Lo siento, pero no miento cuando digo que hice todo lo posible por serlo, como un modo de agradecimiento por todo el sacrificio que tú hiciste por mí, padre. Te amo, eres el amor de mi vida. Con tus virtudes y defectos has hecho posible que yo, para bien o para mal, esté aquí sentada en una cama que no me pertenece.

\* \* \*

Hace un mes cumplí veinte años. Desde entonces han pasado casi casi días. ¿Qué puedo decir de ello? Haciendo un resumen rápido, pues diría:

1. La imagen que tengo de mi padre ha caído considerablemente en comparación totalmente opuesta a los casi doce años que pasó a su lado. Tal pareciera que fuera otro. Luego explicaré los porqués.

2. Podría afirmar que en el transcurso de estas dos últimas semanas he sentido más el rebote de una sociedad capitalista, mezquina y egoísta. Solo puedo afirmar que no auguro buenos presagios para un futuro no muy lejano.

3. Y, finalmente pero no menos importante, Álex. Él y su sola existencia hacen mis días más llevaderos y felices.

Volviendo al tema de mi «padre», si es que aún puedo llamarlo así, según la percepción que tengo de él desde casi los seis años hasta hoy me atrevería a afirmar que su personalidad sufrió una tremenda metamorfosis. ¿Razones? Dinero, poder, mujeres, alcohol.

Una que otra vez habré hablado con mi madre, en estos casi dos últimos años que voy viviendo con ella, sobre la personalidad de mi padre y cómo, a mi parecer, ha ido variando notablemente, y no solo conmigo. Ella suele decir que lo que

mi padre ha logrado con su empresa y negocios me lo debe a mí, puesto que, según ella, mi nacimiento produjo en él un cambio tal que lo hizo darse cuenta de que debía buscar un modo de ganar dinero por encima del básico. El hombre en cuestión tenía veinte años aproximadamente cuando yo nací. Debió ser duro hacerse cargo de la responsabilidad de tener una hija cuando recién empezaba a hacerse «hombre».

Como pueden deducir, a mi padre no le ha ido mal desde que decidió formar su empresa ligada al rubro de las construcciones. Conforme han ido pasando los años ha crecido, madurado, obligándolo a dejar de lado su omnipotente ego de hacer todo por su cuenta al contratar más personas, alquilando más locales y delegando deberes que, a fin de cuentas, le terminó gustando. Ahora solo se encarga de cerrar contrato.

El punto, como diría Álex, es que, si las razones expuestas anteriormente no son suficientes para explicar los cambios producidos en un hombre, también podría ser que tales cambios realmente nunca se dieron y quizá siempre fue así, solo que los factores externos contribuyeron a mostrarlo tal como es. Sea lo que fuere, solo él sabe la verdad.

Mi decepción, más que relacionados con esos supuestos «cambios», tiene que ver con el hecho de que desde que decidí ya no vivir en su casa y mudarme a la de mi madre por algún tiempo, tal pareciera que aprovechó la oportunidad para olvidarse que tiene una hija. No sé si por orgullo o venganza. Se deslindó de la responsabilidad de pagar la universidad, de pasarme para mis gastos personales y, sobre todo, de visitarme. Digo visitarme, debido a que él no tiene un lugar fijo donde encontrarlo. Para en su carro dando vueltas por Lima viendo obras, sacando presupuesto, cerrando

contratos, presenciando reuniones. Así es su día a día por el cual es complicado saber con exactitud en qué distrito se sitúa y más aún a qué hora se desocupará pues, como él dice con cierto orgullo, no tiene horario fijo. Como si fuera digno de admirar el ser esclavo de tu negocio.

Si no fuera por mis insistentes llamadas, un placer estar pendiente del celular e insistir para que una persona te conteste, él fácilmente hubiera podido hacer palpable que no tiene una hija en la universidad que requiere de su apoyo. Que, dicho sea de paso, quiero aclarar que salió de sus labios el que estudie en Lima, en una universidad particular y que él se encargaría de TODOS los gastos. Algo que hasta el día de hoy no lo haría si no fuese porque lo llamo constantemente para hacerle recordar de mi existencia y de sus responsabilidades para conmigo.

Creo que he descrito mucho sobre mi padre y sobre mí en estos dos últimos años, sin querer queriendo. Sinceramente no me gusta ahondar en mi vida personal, no al menos tan específicamente, por lo que respecto a mi «padre» lo dejaré ahí. Me parece que he redactado lo suficiente o al menos lo fundamental. No soy de ventilar mis problemas y menos de contribuir con la comunicación boca a boca en torno a mi vida.

En relación con la sociedad egoísta, capitalista y apática: en la actualidad y en el último siglo se han podido observar múltiples avances en los diversos campos de estudio, como la física, la ciencia y la tecnología. Ello ha llevado a que el hombre empiece a crear imperios que le generen grandes ganancias a cambio de poca inversión, mano de obra barata y leyes que avalen sus actos. Todo ello con la única y pretenciosa finalidad de multiplicar cada vez más sus fondos en los bancos.

Nada malo hay en que uno desee superarse social, económica y profesionalmente. El problema radica cuando, obnubilado por el deseo exorbitante de ser «alguien», se olvida uno de dónde viene y hacia dónde va. Por dónde empezó y cuál es la verdadera finalidad del hombre en este mundo. Dejando de lado el rollo religioso para generalizar, no podemos negar la existencia de 'algo' supremo que se encarga de mucho más que el planeta Tierra. Las grandes civilizaciones de antaño, como Egipto y Grecia, hablaban mucho sobre temas relacionados, creo que no estaban tan lejos de la verdad.

Volviendo al punto, y sea cual fuese las razones de nuestra existencia y el motivo por el que estamos aquí, no debemos olvidar que todos y cada uno de nosotros tiene solo una vida para vivirla. Depende de cada quién cómo hacerlo. Nadie tiene por qué instar a otro para que viva una vida que no le corresponde. Nadie tiene por qué meterse. Se deben aceptar consejos y recomendaciones, más no. En esta dirección, ¿por qué debemos hacer el bien y pensar en los demás también si solo hay una vida para vivirla y nadie debe meterse en lo que no le concierne?

Hay una frase muy conocida entre todas las otras que forman parte de esta categoría y es que «el karma existe» (no hagas a otros lo que no te gustaría que te hagan) quizá suene... un tanto antaño. Sin embargo, en el transcurso de mis veinte años he notado que esas tres palabras guardan un trasfondo digno de admirar y temer. ¿Por qué una frase antigua sigue vigente hasta el día de hoy? Fácil, porque muchas personas la sienten cercana y eso quiere decir que les ha tenido que pasar para que recién concuerden con sus antecesores en que realmente «el karma existe».



Hay muchas personas que ansían con desesperación tener tanto dinero como sea posible y por esa razón es que se cometen las peores atrocidades. Obviamente no se debe generalizar, otras muchas lo hacen por necesidad, aunque hay opciones a tomar en estos casos antes de realizar actos denigrantes. Y con «atrocidades» y «actos denigrantes» me refiero no solo a los que salen en los noticieros día a día: robos, asesinatos, etcétera. Sino además a aquellas personas de traje y corbata que por fuera parecieran profesionales serios y dignos de confianza, con sólidos valores y un nivel de cultura por encima del promedio. Es lo que una persona de a pie creería, puesto que ellos han tenido la oportunidad de estudiar y estar en el puesto, rango o título que se sitúan. He aquí otra frase: El diablo viste de seda (caras vemos, corazones no sabemos). Me encantan las frases como se habrán dado cuenta. Y creo que no hace falta explicar esa frase. Me atrevería a decir que el 99% de personas se han cruzado con al menos un individuo así.

Si seguimos comportándonos como «animales» —lo cual es un error de comparación, puesto que los animales son mucho más civilizados que los seres humanos, por lo cual sería un insulto para ellos— como seres que no gozan de la capacidad de raciocinio, vedados de distinguir entre el «bien» y el «mal» en torno a que vivimos en una sociedad «civilizada», pues no faltará mucho para que, si no nos matamos unos a otros, nos extingamos como los dinosaurios y quizá solo de esa manera podamos librar a este mundo de una raza «distinta», que tanto daño ha causado a la naturaleza y a los que habitan en ella.

*\*Obviamente, hay muchos factores por considerar respecto al párrafo dos del inicio; sin embargo, me eximo de explayarme,*

*puesto que no me considero la persona más capacitada para redactar sobre ello y, sobre todo, que es un tema extenso al que no quiero dedicarle más tiempo\**

Por último, pero no menos importante, Álex. Desde que lo conocí mi vida dio un giro de ciento ochenta grados. Ya no puedo imaginarme la vida sin él. Mi felicidad se complementa con su existencia. A casi unos días de cumplir nueve meses juntos solo puedo decir que han sido los mejores de mis veinte años. Él es maravilloso.

Tenemos muchas ideas a futuro. Juntos. Solo sé que quiero morir a su lado y que, si se adelanta, me voy con él. Si es que sigo redactando y respirando es por él. Agradezco al Universo por haberlo conocido y por demostrarme todos los días su infinito amor a través de él. Es mucho más de lo que hubiese podido pedir o imaginar.

Por estos días estoy pasando por situaciones complicadas y él con su compañía logra tranquilizarme, me da esperanza y una paz inexplicable. Sé que tampoco está pasando por buenos momentos y aun así da lo mejor para que yo me sienta bien. Es la persona más buena que haya conocido, además de que también le gusta leer, ama el cine y es gracioso, como suele decir.

Espero que todo lo que estamos pasando mejore y podamos partir juntos, tranquilos y felices. Ambos estamos para apoyarnos y crecer y así, algún día, formar una bonita familia, incluyendo niños. Estoy dispuesta a dar lo mejor de mí. Él me inspira a ser mejor. Gracias por tanto amor.

\* \* \*

Es 1 de abril y aún no defino qué hacer con mi vida. Tal vez lo mejor sea posponer el hecho de estudiar en el extranjero.

Siendo realistas, solo me exigiría más sin tener de dónde. No puedo exigirle tanto a mi cuerpo.

Acá tengo a mi padre y a mi familia. Mi padre lo es todo para mí. La única persona por la que sigo con vida. ¿Cómo ser tan inconsciente y malagradecida? Él es todo para mí y yo fui todo para él. Motivo suficiente para luchar contra esta maldita sociedad.

Este país me acogió, me vio crecer y madurar. No puedo ignorarlo, así como así. Soy parte de él y él es parte de mí. Por más que reniegue todos los días de lo mal que se encuentra. ¿Realmente sería tan egoísta y desleal de cambiarlo por uno «mejor»?

Yo que me quejo de la falta de ética y moral de la gente y hace unos días quería irme como sea del país. No tiene coherencia. No es coherente quejarse de todo y no hacer nada al respecto. Para eso mejor me quedo callada y hago como si nada pasara.

Aunque lo anterior es lo más complicado de realizar. Ignorar que todo está mal y no hacer algo al respecto. Me jode la situación en la que me encuentro. Como estar entre la espada y la pared. Yo no elegí esto, pero aún puedo decidir qué lugar ocuparé aquí.

Una de dos. *Should I stay or should I go?*

No sé si pueda soportarlo. Irme y quedarme. Creo que ninguna de las dos opciones me es del todo viable. Odio a la gente.

Tal vez solo me anime a trabajar para comprarme una casa de campo. Pasar mis días viviendo de la naturaleza, regresar a mis raíces, escribir, imaginar, soñar; hacerlo palpable ante los ojos de muchas personas alrededor del mundo. Ese sería mi más grande logro. Comunicarme sin necesidad de estar

en tal o cual lugar. Mis palabras viajarán por mí cuando yo ya no pueda hacerlo. Serán inmortales, libres e ignorantes del paso inexorable del tiempo. Libres al fin, me libero yo. Libre será el día en que mis palabras logren lo impensable. Recorrer kilómetros de distancia sin requerir mi presencia física de por medio.

**Desenfrenos**  
**(capítulo 1)**  
*por Federico Pflücker*

Entre el intervalo de una y otra atención, el psiquiatra se miró en el espejo: el pelo se le comenzaba a encanecer por los costados, pero por lo demás se observaba en buen estado para sus sesenta años. Comenzó a bostezar, se le caían los párpados ligeramente. Ya eran casi las nueve de la noche y le faltaba atender a un paciente nuevo, como se lo acababa de informar Luciana.

«Tengo una excelente situación, una buena mujer, una familia, una clientela amplia, me llaman a dar charlas y me pagan bien por eso. ¡Si supieran! Como tengo la habilidad de solucionar problemas psicológicos, curar la mente de las personas. Esa es mi vocación, el sentido de mi vida, como diría Frankl, inclusive me he hecho un nombre en la televisión y sin embargo... no me gusta esto de ser famoso. Le contesto el saludo a la gente, claro, pero no me hubiera metido tanto en los medios, así no tengo vida privada como antes; ah sí, es como ser un bicho raro al que todo el mundo observa, con admiración, claro. Pero no me la creo. Si creara algo nuevo para la ciencia, en fin, pero lo único es que soy eficiente. O si pudiera algún día perderme en la ciudad y conversar con

otras personas, caminar, emborracharme. Tal vez estaré loco, pero a veces me parece que muchos de mis pacientes la pasan mejor que yo, ¿me estarán contagiando de tanto escucharlos? Me gustaría bailar con alguna mujer que no sea mi esposa, tener aventuras, entrar en hostales o en cualquier sitio, aunque esté lleno de putas y hacer lo que me diera en gana, cuantos lo pueden hacer, sin salir al día siguiente en los programas de chismes. Si pues, yo debo, ¡debo ser un ejemplo!, pero en el fondo de mi mente me muero por hacer cosas...si... cosas por las cuales sería más bien... un mal ejemplo...».

Sebastián bostezó, entró en el baño con paso lento, y se echó agua a la cabeza, luego se secó con desgano mientras regresaba a su escritorio.

—Que pase el paciente —le indicó a su secretaria por teléfono.

—Va a entrar con su mamá —contestó Luciana.

—Está bien, está bien, que entren los dos.

El paciente parecía arrastrar los pies, tenía la cara ajada como si hubiera trabajado bajo el sol durante años y le daba la impresión a Sebastián que tuviera más edad que su madre. Ella de mediana edad, muy bien arreglada, conservada, pero de facciones rígidas, como si solo cambiándole ese detalle pudiera verse interesante. Sebastián se sentó más erguido en su sillón.

—Tomen asiento. ¿En qué los puedo ayudar? —les preguntó con su mirada extremadamente curiosa.

—Se trata de mi hijo —dijo la mujer angustiada.

—Ah, no, no, mamá —protestó él—, tú eres la que no entiendes.

—Bueno, digamos que debo atender a los dos —intervino el psiquiatra—. Muchas veces es así, son asuntos relacionados,

pero hagamos una cosa, los atiendo uno por uno y me cuentan lo que sucede al otro. ¿Qué les parece?

—Así me parece perfecto —asintió el joven moviendo la cabeza afirmativamente.

En cambio, ella hizo un gesto disconforme con los labios, pero sin decir nada se dirigió a la puerta de salida.

—Bueno, ya me contará usted, doctor —dijo volteándose antes de salir.

Se quedaron solos y el psiquiatra le hizo las preguntas de rutina. Su nombre era Jorge, soltero, sin hermanos ni hijos, cuando le preguntó su edad, Sebastián se asombró enormemente, pero no hizo ningún gesto.

No tengo edad, doctor —afirmaba con frialdad—. Hace tiempo que estoy muerto.

—Ah, ya veo. ¿Y cómo se siente? —le preguntó con apariencia inmutable, pero en ese momento la ambición científica del psiquiatra se apoderó de Sebastián, pensando que se trataba del síndrome de Cantter, rarísimo en el mundo.

—No muy bien, como comprenderá. Pero ¿qué? ¿No me va a preguntar como todos los médicos que cómo hablo o como me puede ver si estoy muerto? Todos los médicos que hemos visitado me preguntan lo mismo.

—No, yo le creo, usted está muerto, no me cabe duda, obsérvese en ese espejo. Jorge se miró de cuerpo entero y luego decía: soy un cadáver con una mínima cantidad de piel toda cuarteada.

—Exactamente lo mismo veo —le dio la razón Sebastián.

—Vaya, al fin alguien entiende... —habló Jorge con tono de serenidad.

—Claro que lo entiendo, usted está penando, y por alguna razón no puede descansar en paz.

—Así es, doctor, que bien lo ha comprendido usted, yo solo quiero que me ayude usted a eso, a pasar a la dimensión que me corresponde, quisiera terminar de morir, pero sin sufrimientos, tal vez usted tenga alguna droga, un poco lenta, disfrutar también de un día o noche de juerga, ¿no le parece?, y después, en cualquier momento día, que fuera como quedarme dormido y listo.

—Mire, en este momento no será tan fácil, pero es cuestión de que me dé un tiempo, hasta mañana, y le consigo unas pastillas, mientras tanto lo llevo a usted a una juerga, bailar y tomarnos unos tragos, pero claro, no sé si verdaderamente está usted listo, puede ser que tenga que dejar algunas cosas en orden, ¿no?

—No tanto eso, basta con despedirme de mi madre... claro, me imagino que no podré terminar de irme mañana, seguro que tengo que pagar algunas culpas...

—¿De qué se siente culpable? —preguntó con énfasis mirándole directamente a los ojos.

—¿Cómo de qué? De... ¡No haber vivido casi nada, doctor! Usted sabe...

—Ah, vaya que es grave eso —le seguía la cuerda Sebastián—, entonces no va poder pasar tan rápido, no ha sido feliz usted, ha desperdiciado su vida, eso ya no se puede corregir. Pero pagará usted su culpa y luego pasará a la dimensión que le corresponde. Por lo pronto, ¿qué tal si nos vamos a jaranear unos días, a decir verdad, yo también lo necesito, esto de pasar todo el día en el consultorio y de aquí a mi casa, usted me entiende, ¿verdad?

—¡Y no va ser, doctor, y no va ser! ¿Cuándo comenzamos?

—Podemos ir a Barranco, hoy mismo, que es viernes, a la Peña Coraje, ¿qué le parece?



—Pero ahora estoy con mi madre, comprenderá que no podemos llevarla.

—De eso me ocupo yo —le aseguró el psiquiatra—. Ella cree que está muy bien, claro, a pesar de que no lo comprende a usted, salga y dígame que pase ahora ella.

Sebastián se quedó solo, pensativo: «Haberme encontrado con una enfermedad tan rara en todo el mundo, nada menos que el síndrome de Cantter, creerse una especie de muerto viviente. Si lo puedo curar me consagro de verdad, una vez que le quite ese sentimiento de culpa va a querer vivir... claro y además a mí no me cae mal distraerme con una buena dosis de relajó... en cierta forma últimamente yo tampoco vivo mucho, me aburro tremendamente... conoceré algunas chicas por allí, unos tragos, baile, tal vez irme a algún hostel con alguna joven... y todo por la ciencia... por lograr una curación extraordinaria... Este Jorge ha caído en el sitio perfecto, estoy seguro de que ninguno de mis colegas del país ha leído siquiera de estos casos, es la culpabilidad lo que destruye la psiquis de estas personas. Yo si lo he investigado, de pura vocación, claro, pero encontrarme con un paciente aquí y ahora, vaya que tengo suerte hoy».

Interrumpiendo sus pensamientos, la madre de Jorge entró haciendo sonar sus altos tacos completamente desenfadada.

—¿Se puede saber que le ha dicho usted a mi hijo? Le ha dado usted toda la razón y ahora me dice que se van de parranda, no, doctor, usted está más loco que cualquiera, ah y no va a pensar que dejaré a mi hijo en sus manos, ni lo crea.

—Señora, primero hágame el favor de calmarse —la apaciguó él—, que usted tampoco está tan bien como cree. ¡¡¡Qué manera de haber reprimido a su hijo, nunca le ha permitido vivir, oiga usted!!!

—Yo solo lo cuido —protestó ella—. No quiero que le pase nada.

—Pues le ha pasado lo peor, pasar por la vida sin el menor sentido y sospecho que usted que lo cuida tanto tiene mucho que ver con esto. Siempre la vida tiene sus riesgos, aunque sean pequeños...

—Así que ahora yo soy la culpable. ¡Qué sentido ni qué ocho cuartos! Ni hablar, mi hijo no se va con usted.

—Me temo que ya su hijo es bastante mayor —le hizo notar él— y va a ser imposible de convencerlo, pero mire, usted y yo podemos llegar a un acuerdo. Podemos ir los tres. ¿Qué le parece? Señora, disculpe usted, ¿cómo me dijo que se llamaba?

—No se lo dije, doctor, no se lo dije, pero me llamo Adelaida. ¡Ay, me muero, vaya Dios a saber cómo ha hecho usted para meterle esas ideas a mi hijo! En fin, ya pues, tendré que ir —aceptó la señora.

En el carro de la señora llegaron en poco tiempo a la Peña Coraje, se trataba de un lugar muy movido, con una fachada de colores alegres un tanto chillones. Adentro el lugar estaba iluminado por reflectores de verdes, rojos, fucsias, con gente de todo tipo y edades, se bebía fuerte, era conocido porque se tomaba drogas de todo tipo y en el lugar se podía encontrar desde mujeres algo divertidas, hasta mujeres de la vida. Previamente, en su consultorio, el psiquiatra había llamado a una prostituta conocida por él, para que vaya al lugar y se encargue de seducir a Jorge, todo el gasto correría por su cuenta, no le importaba pagar todo cuando se trataba de un asunto científico de tanto interés, estaba lleno de dólares en los bolsillos. Después llamó a su esposa para avisarle que llegaría tarde, que tenía que internar a un paciente difícil —era su mentira

preferida las poquísimas veces que se salía de la norma, y más o menos le daba resultado—. Por su parte, secretamente Sebastián y Jorge habían quedado en desaparecerse apenas sacaran un plan. Apenas ingresaron al enorme local, el psiquiatra veía a la señora como miraba con desconfianza el ambiente variopinto de personas de diferentes edades, jovencitas con minifaldas, enseñando el ombligo, hombres a punto de embriagarse o ya borrachos, mujeres alegronas de cuarenta o cincuenta y tantos años. Parejas besándose, apachurrándose por los costados de los jardines y la orquesta salsera, estridente y otras parejas que bailaban a todo dar.

Después de tomarse una jarra de cerveza casi al hilo, Jorge se puso a merodear por el medio de la sala haciendo como que bailaba con una o con otra, mientras su madre se quejaba que era lo único que le faltaba, ver a su hijo borracho y haciendo el ridículo. Por su parte, Sebastián le hacía una señal a Zulema, la prostituta que había contratado, así la joven se le acercó a Jorge, lo enredó entre sus brazos, le sonreía, le coqueteaba.

—Ven por aquí —lo jaló lejos de donde pudiera verlo su madre y él se dejó llevar maravillado por su cuerpecito curvilíneo y sus ojos chispeantes, amorosos, de coquetona que era.

—Y ahora, dónde se ha metido mi hijo —protestó la señora—, con su mirada de desconfianza.

—No se ponga usted así —la trataba de tranquilizar Sebastián—, si quiere que se sienta vivo, pues déjelo vivir, ya verá, se va a recuperar.

—Lo único que veo es el peligro de este sitio —se angustiaba ella—, le puede pasar cualquier cosa.

—Nada peor de lo que ya le ha pasado —le objetó a la mujer—. Ahora déjelo distraerse y en una semana le aseguro que su hijo estará curado.

—¿Curarlo así? —se extrañaba cada vez más.

Por supuesto, soy una persona seria, esta terapia es algo científico, mi estimada señora... perdón... ¿Su nombre es?

—Adelaida —dijo con sequedad, mirándolo de arriba abajo.

—Adelaida, tómese un trago para que se calme.

Ella le hizo caso y se tomó un pisco sour que había en la mesa, él la observaba: por sus gestos de seriedad, a él le daba la impresión de que ella sentía cierta incomodidad, de haberse quedado sola en un lugar de diversión, con un hombre que apenas conocía.

—¿Es usted feliz? —le preguntó al psiquiatra— Porque se supone que usted quiere sanar a mi hijo y que se sienta que vive, debería usted serlo.

—No necesariamente los psiquiatras somos felices, Adelaida, también yo me siento aburrido a veces, por eso lo comprendo a su hijo, quiere vivir y usted de tanto sobreprotegerlo no lo ha dejado nunca. Pienso que debe ser hijo de un padre extremadamente autoritario y una madre sobreprotectora como usted, los elementos necesarios para que se sienta muerto en vida.

—Le había preguntado por usted, doctor —insistió ella—, porque yo no confiaría a mi hijo a un infeliz.

—¿Se da cuenta de que es impertinente su pregunta, señora?, pero vamos, a pesar de todo se la responderé: vivo aburrido, tengo prestigio, como usted sabe, me entrevistan en la tele y tengo muchos pacientes, pero vivir, lo que se llama vivir, eso no, esas cosas son para otros. También yo tuve un padre un poco autoritario, en cierta forma me ayudó a proyectarme en la vida, pero vivir no es solo eso, vivir es vivir «el aquí y el ahora». ¿Me entiende?

Y terminando de hablar secó de un sorbo su vaso de cerveza. Ella también bebió un poco, un vodka con hielo, por unos segundos se sintió más relajada y Sebastián notó como que se le iba la cara de rigidez. Pensó en esperar que beba un poco más y quizá podría mandarse con todo.

—¿Qué tal si bailamos? —le preguntó extendiéndole caballerosamente la mano.

Ella se levantó de su asiento y para sorpresa de Sebastián al poco tiempo se convirtió en una consumada bailarina de salsa. El seguía con otro vaso, ahora también tomaba vodka, un vaso casi lleno con pocos hielos, no estaba acostumbrado a beber tan rápido, así que ella notó como se tambaleaba en medio de la danza, se juntó provocativamente a él, se tomaron de la cintura y casi como por inercia ya se estaban besando con desenfreno y excitación, cuando Sebastián sintió la iluminación de un flash de cámara fotográfica. Dejó un momento a Adelaida y casi corrió a donde estaba el fotógrafo, intercambiaron palabras y la fotografía por unos cien dólares.

—¿No le parece doscientos, doctor? Usted sabe —dijo con cinismo—, tengo una copia, en la televisión me darían por lo menos eso, no sea duro usted.

—Está bien —aceptó él recibiendo la otra foto—. Toma cien más, pero desaparece, por favor.

—Por supuesto, doctor, por supuesto. Tratos son tratos.

—Ya no me gusta tanto este sitio —le dijo a Adelaida—. ¿Y si vamos a un lugar más tranquilo?

—Vamos a un hostel, si quieres —le propuso ella sorprendiéndolo—. Por aquí hay uno y acepta tarjetas de crédito.

—No hay necesidad, mira nomás —se jactó enseñándole uno de sus fajos de dólares que tenía por todos los bolsillos—. Vamos, adelante.

Adelaida sonrió con satisfacción y salieron rumbo al hotel La Dolce Vita, que ella le propuso, lo cual no le extrañó a él. Él dejaba de sorprenderse tanto de la rápida iniciativa de Adelaida: «Así son estas mujeres de cara seria, cuando uno las alegra un poco... hasta no me extrañaría que fuera ninfómana». Todo está bien, con una semana de estos desfrenos no solo se curará Jorge, sino también su mamá... y bueno... y... yo.

Ya en el cuarto, después de haberse tomado casi toda la botella, la dejó en el velador y se dirigió a orinar al baño, se miró en el espejo, se echó un poco de agua y de su bolsillo secreto sacó una mínima cantidad de cocaína, se puso a inhalarla y a pesar de su estado se apreciaba como rejuvenecido, al salir encontró a Adelaida desvestiéndose. Él la ayudaba mientras con la otra mano tomaba su botella, para después comenzar a desvestirse también, ella se puso encima, después se revolcaron con todo durante un buen tiempo, pero Sebastián al tratar de introducirla, se sintió débil, no le era nada fácil. «Es el trago, he tomado demasiado». Entonces ella, como adivinando su pensamiento, le levantaba la moral.

—Ni te preocupes —le dijo alargando el brazo a su cartera, sacó una pastilla celeste y se la enseñó.

—¿Viagra? —preguntó.

—Claro, Sebastián, ya no eres un chiquillo, tómatela, te caerá excelente.

—Vaya que eres precavida —le dijo sonriendo.

Y eso fue lo último que dijo en la noche porque en unos segundos se quedó inmediatamente dormido. Ella comenzó a vestirse y tranquilamente rebuscó todos los bolsillos de Sebastián, llevó a su cartera y a su abrigo una buena cantidad

de billetes. «Alrededor de cinco mil dólares», calculó. Tomó su celular y llamó a Jorge.

—Todo salió a la perfección —le comunicó—. El psiquiatra bien pepeadito aquí.

—¿Sí? Entonces nos encontramos donde siempre. ¿Cuánto le sacaste?

—Tres mil, entre dos y mil quinientos verdes para cada uno. ¿Qué te parece? ¿No somos unos grandes actores?

—Y no va ser, no está nada mal —asintió Jorge—. Ah, bien rica la chiquilla, todo gratel, además, más rico todavía, ahora te cuento, nos vemos.

Adelaida se fue tranquilamente, pidió sus documentos al administrador que parecía conocerla, le hizo un guiño de ojo y desapareció por las calles de Barranco.

Sebastián se levantó mucho después, eran ya las diez de la mañana, estaba bostezando aún, con dolor de cabeza. Se daba cuenta de lo sucedido, revisó sus bolsillos vacíos y se puso la ropa. «Que decepción, y yo que pensaba que era el síndrome de Cantter y eran dos timadores nada más... bueno al menos mis documentos están completos». Bajó las escaleras agarrándose fuerte de la baranda y salió con paso lentísimo del hostel, con la ropa arrugada, completamente desgarrado. Buscaba un taxi y pensaba en lo que le diría su esposa. Quizá que estuvo en los jalneos para internar en el manicomio a un incontrolable esquizofrénico. Luego, pensando también en los billetes: «Menos mal que siempre me ha acompañado un mínimo de precaución, por eso siempre es bueno cargar una buena cantidad de dólares falsos, de todas maneras, los voy a buscar».





**¡Qué tal viaje!**  
*por Sara Pizarro*

A primera vista, la imagen que proyectaba era de desamparo, soledad, abandono. Era el triste esbozo de una niña que debe ser protegida.

¿Acaso mi instinto de «príncipe azul» ha despertado?, pienso en voz alta, ridículamente, ya que debería estar pensando en cómo resolver mis problemas o cómo sobrellevarlos, en lugar de tantas cursilerías.

Es inútil, no puedo dejar de mirarla.

Como si estuviera con prisa, ella le da un gran sorbo a su *whisky* seco. Su cabeza despeinada y el rímel corrido le dan un aire de desaliento a esa pelirroja sentada al otro lado de la barra. Su menuda apariencia y su mirada perdida hacen que pareciera mucho menor de la edad permitida en este lúgubre lugar escondido en la ciudad. El remolino en mi cabeza me trajo hasta aquí, como si aquí estuviera la solución a mi problema. Pido la segunda cerveza sin perder de vista a mi objetivo.

—Ni lo pienses, amigo, ella no está bien —advierte el cantinero con aire de sabiduría nocturna. Decido despreciar su consejo con mi indiferencia y sigo observándola. El pequeño y ajustado vestido rojo hace un bello contraste con

las botas hasta las rodillas, que extrañamente no le aportan en edad aparente, y la hacen lucir como una lolita de pies a cabeza.

Iba a preguntarle al cantinero metiche que más sabía de ella, cuando un pelinegro se le acerca por detrás, la coge de la cintura y sin mucho esfuerzo se la lleva por la salida lateral.

—Uno más —murmura el cantinero.

—¿La conoce?

—Apareció hace un par de semanas por aquí. Se emborracha y sale con los tipos al callejón.

—¿Ella es...?

—También lo pensé —lo dice orondo y canchero—, pero no. Traté de insinuarle un trato... Solo sonrió y me dijo que no era lo suyo. Tal vez tenga algún desorden, tal vez sea una ninfómana. Igual, me parece que no debería estar corriendo tales peligros, pero no es mi asunto.

Bebo mi cerveza y me retiro con su imagen fresca en mi retina. Busco entre todas las cortesanas que encuentro en la calle su rostro de nínfula traviesa. Me pierdo entre ellas, no quiero pensar.

Una lucha lúbrica de un par de amantes que apenas dibujan sus ininteligibles siluetas deja como testigo de su morbo los húmedos gemidos entrecortados por sonrisas. Imagino que ambos se lo deben estar pasando bien, sin pensar en los demás, sin pensar en los problemas, sin interesarles las consecuencias nada. Solo preocupados en satisfacerse a sí mismos. A los lejos, como si el destino estuviera de mi lado, veo a la pelirroja y al muchacho a unas cuerdas de mí, entrando a una casa abandonada. Los sigo de lejos, como quien caminara conociendo la ciudad.

Sé que debo seguir caminando, que debo irme, que no está bien figonear o meterme donde no me llaman, pero el bulto en mis pantalones, el morbo a hacer algo así de prohibido e incorrecto, me llama a adentrarme por ese camino. Ese pequeño ángel del bar entra seguido por el tipo. Tal vez, cuando termine con él, pueda tener una oportunidad con ella. Al parecer, mi condición ha despertado cosas insanas en mí.

Ando con mucho cuidado para no ser oído o para no pisar algo desagradable. ¡Mierda! No sé cómo pueden estar inspirados con este olor putrefacto. ¿Eso es un hueso en un rincón? Es muy grande para ser de un perro. Gruñidos y gemidos me llaman, me seducen, me incitan. Mi miembro cada vez más grande y palpitante está tan emocionado como yo por adentrarse entre las carnes de aquella jovencita. Ahora gritan. Qué buena se la deben estar pasando, estoy a unos pasos de ellos, aún no los veo, pero los oigo. Espero que mi niña no termine tan cansada. Empiezo a abrirme los pantalones para satisfacerme con la vista de ambos cuerpos entregándose con frenesí, pero cuando vi la escena, se me congela el entusiasmo. Cuánta sorpresa me llevo, eso me pasa por pensar con el pene y no con el cerebro. Lo que pensé que vería dista bastante de lo que tengo delante. No eran dos cuerpos en movimientos succulentos, no estaban ardiendo de lujuria animal, no eran dos cuerpos devorándose... Solo uno devorando al otro.

La muchachita se comía las entrañas, sin asco y sin repugnancia, del hombre cuyos últimos suspiros dolorosos fueron bajando hasta hacerse nada. Se lo comía con ansias, pareciera que no había comido en mucho tiempo. Comía con ganas y con gusto, saboreando cada pedazo de estómago, de intestino y demás órganos.

¡Y qué mierda hago aquí mirando!

Pasmado en mi lugar piso un charco de ¿agua? Lo rojo de su color me indicaba que no. Miro el lugar y descubro que habían esparcido varios, muchos huesos, pedazos de personas, migajas de órganos, litros y litros de sangre maloliente. Esperaba salir de la casona tal como entré, sin ser visto, pero cuando miro a mi chica, ella ya se abalanzaba sobre mí, contra mi cuerpo, a mi yugular. Un fuerte dolor en el cuello, borbotones de sangre caliente resbalan por mi cuerpo y sus dientes afilados. Ella quiebra mi cuello y todo termina...

Despierto sudoroso y adolorido, sentado en una de las salas de aquel raro hospital. Todo fue un sueño, una pesadilla. ¿Qué carajos acaba de suceder? Algo muy raro está sucediendo, algo raro está pasándome. Siento el sabor metálico de la sangre en mi boca, mezclado con medicina y algunas hierbas raras.

Esta nueva medicina alternativa de la quimioterapia, un coctel de nuevas medicinas, creo que es demasiado fuerte para mí...

**Alba**  
*por Claudio Temoche Cortez*

Con la frente pegada al vidrio de la ventana Alba contempla el mar de Miraflores. Desde el piso quince de su lujosa *suite* tiene una vista privilegiada, aunque marcada por una densa neblina. No lo puede creer, son veinte años que se pasaron volando. Aunque había jurado jamás volver, a veces uno no tiene control sobre su destino.

Quien la ve la puede confundir con una extranjera. Rubia, ojos celestes y una mirada de niña a pesar, que ya pasa los cuarenta años. Si bien en su actual pasaporte figura como estadounidense, su origen peruano es algo que ella no puede borrar. El porte y sus gestos de ejecutiva acostumbrada a dirigir y tomar decisiones constantemente, la hacen ver como una mujer segura de sí misma. Ella pensaba lo mismo. Pero cuando se enteró de que tendría que venir a Lima para instalar la filial local de la transnacional donde trabaja, volvió a ser la joven desconfiada y temerosa que entre lágrimas salió del aeropuerto Jorge Chávez una fría noche de agosto de 1998.

—La casualidad me alejó de aquí y ahora me vuelve a traer.

Desde lo alto todo se ve tan pequeño que en cierta forma la hace sentir imponente. Había llegado anoche. La esperaba Ernesto, el joven de la consultora cazatalentos que la va a apoyar en la selección de quien será el *country manager*.

Gentilmente se había ofrecido a recibirla al saber que llegaba sola. El viaje desde Nueva York había sido tranquilo, pero llegar de un calor casi insoportable a un frío otoño le pasó factura y se le cerró la garganta. En el trayecto hizo esfuerzos para hablar con el joven ingeniero, que al principio se sorprendió de su fluido español. No pudo apreciar mucho de la ciudad en el trayecto y una vez instalada en el hotel se quedó profundamente dormida. Parada junto a esa enorme ventana se podría decir que era su primer contacto con la ciudad.

Es domingo y tiene supuestamente todo el día para descansar, aunque seguramente ya debe de haber varios mensajes en su teléfono y en su correo electrónico que deberá atender. El lunes ya tiene reuniones programadas con el estudio de abogados que los asesorará en las gestiones de temas tributarios y municipales, así como con el agente corredor que le mostrará alternativas de oficinas para alquilar. También debe terminar el registro de la marca en el país. Gestión que ya habían iniciado antes de que le avisaran del viaje. Eso lo veía una joven abogada llamada Cecilia La Madrid, con quien había mantenido bastante comunicación vía medios virtuales.

—Quién mejor que tú para ir a ver todo en el Perú —le había dicho como argumento George, el gerente para Latinoamérica de la empresa.

«Si él supiera que sé tanto como él de mi país», pensó. No tuvo alternativa cuando le hicieron la propuesta —con tono de orden— que le cayó como una sorpresa.

Alba había puesto en todos estos años una fuerte barrera contra todo lo que le recordara sus orígenes. A pesar de instalarse en Nueva Jersey, ciudad con gran número de compatriotas, ella siempre evitó un contacto con miembros de la

comunidad peruana, acostumbrados a reunirse en torno a las fiestas patrióticas o celebraciones religiosas. Con el acceso a internet y posteriormente con la llegada de las redes sociales, tampoco se alimentó su curiosidad por saber algo sobre lo que sucediese en su país. La consigna era olvidar, olvidar y olvidar. Esos años fueron de mucho estudio, trabajo. Tenía como objetivo transformarse en otra mujer. Algo que hasta hace pocas semanas creía logrado. Bastó recibir la noticia, para que todo eso que ella creía sólido se derrumbase.

El timbre del teléfono de la habitación hizo que saliese de su abstracción. Eran de la recepción. La llamaron para recordarle que tenía hasta las diez de la mañana para degustar el desayuno bufé. Faltaba una hora para que se cumpliera el plazo, así que decidió bañarse. Estaba alojada en una de las más costosas habitaciones de ese hotel, por eso todo lo que había en ella era muy fino. «Pensar que yo trabajé limpiando habitaciones», caviló.

—¿Existirá todavía el Savoy?

Una vez bañada y cambiada, subió a la terraza del hotel, donde había una enorme mesa con diferentes aperitivos para el desayuno. Se sirvió café, jugo de papaya y un *omelette* que acompañó con tostadas. Tenía algo de hambre, pues la comida en el avión fue ligera y no había cenado. Volvió a levantarse para servirse algunos quesos y jamones que acompañó con pequeños panes, que por el aroma y calor que emanaban parecían recién salidos del horno. A la mesa donde estaba instalada se sumó una pareja de personas mayores que resultaron ser austriacos, pero dominaban bien el inglés. Estuvieron hablando bastante tiempo. Volvían del Cusco y en general le hablaron maravillas del Perú. Habían estado también en Arequipa y Puno.

—Hoy nos vamos al norte. Vamos a Piura y Chiclayo —dijo el hombre.

—Y luego a Jaén y Chachapoyas —agregó la mujer.

La palabra Jaén le cayó como un baldazo de agua fría.

—¿A Jaén? Pero sí allí no hay nada bueno que ver —dijo con algo de fastidio.

—Cómo que nada. Tiene unas ruinas maravillosas que quiero conocer y me han dicho que producen un muy buen café.

—Mi esposo tiene una cadena de cafeterías en Austria, Alemania y Suiza y quiere ver si es posible introducir ese café en el negocio. Fue así como lo convencí de que viniésemos porque si no seguiría trabajando. Hace cinco años que no tomábamos vacaciones —dijo risueñamente la esposa.

Alba intentó sonreírle a la señora, pero no pudo. El solo mencionarle la ciudad donde nació le causó bastante malestar. Se le quitó el apetito. Se excusó con sus ocasionales acompañantes y se retiró a su habitación.

Al llegar prendió su *laptop* y su celular. Tal como ya lo había previsto tenía varios mensajes del trabajo. Especialmente de George, que le preguntaba por su llegada y le daba algunas indicaciones finales de las tareas por cumplir. Esto incrementó su fastidio y saber que le habían modificado el pasaje de retorno le produjo un sabor amargo en la boca. Sus superiores habían decidido que una semana no le alcanzaría para todas las gestiones que debía hacer y que se ampliaría su estancia en Lima a dos semanas.

—¿Ahora qué voy a hacer?

Había planificado el viaje de tal manera que solo le quedase tiempo para llegar a su habitación y dormir. No quería tener espacios libres que le permitiesen involucrarse más de la



cuenta con la realidad del país. «Dos semanas es demasiado tiempo», caviló.

Por un momento pensó en encender el televisor, pero desistió. Puso en su celular algo de *jazz* en bajo volumen, música a la que agarró gusto cuando pasó dos años muy productivos en Nueva Orleans durante sus inicios en la compañía. De lo que no pudo desprenderse completamente por más que intentó fue de los vales peruanos. La única persona que la trató con algo de cariño en esos traumáticos y tristes primeros años de su vida los cantaba muy bien, con ese estilo norteño que ella también aprendió a querer. Por eso, aunque después se reprochaba, muy de vez en cuando, por debilidad sintonizaba una radio latina que pasaba esas canciones que marcaron algo en ella. Una de las que más le gustaban era «Dolor y odio», cantada por Lucha Reyes.

A la hora del almuerzo pidió que le llevaran algo ligero a la habitación. Comió pollo a la plancha y ensalada. Después decidió ir al gimnasio para hacer una rutina en las bicicletas estacionarias. Estuvo una hora allí. Regresó para volver a ducharse. Después cogió el libro que había comenzado a leer en el avión. Era *El tambor de hojalata* de Günter Grass. Avanzó una página, pero no pudo seguir. Aunque sabía que estaba mal, empezó a sentirse atrapada en la habitación. Finalmente bajó a recepción y preguntó en inglés si era peligroso caminar por el malecón. Le sugirieron que no se alejara mucho y que se dé una vuelta por Larcomar, el centro comercial, que estaba al frente. La recepcionista le entregó un mapa turístico del distrito. Salió en *jean*, casaca y zapatillas. La afonía había bajado, pero igual se preocupó porque hacía frío, así que se cerró la casaca. Cruzó con cuidado la avenida Armendáriz y se dirigió hacia donde le habían indicado. Había algunas

personas en el parque. Sobre todo, niños con sus madres y algunas mujeres con uniforme. Ese lugar era completamente extraño para ella, a pesar de que algún tiempo había trabajado en ese distrito como acompañante de un anciano. Al llegar al extremo del parque, donde se puede apreciar el mar, pudo sentir ese olor a humedad que le avivó los recuerdos y la llevó a ese año previo a su partida a Estados Unidos. Allí, contemplando el cielo cada vez más gris y sintiendo el leve ruido de las olas, no pudo reprimir el llanto.

*Un acercamiento a la composición de la novela.*  
*Muestra de textos del taller de narrativa*  
*dictado por el escritor Percy Galindo*  
se terminó de editar en julio de 2019  
por encargo de la Subgerencia de Comunicaciones  
de Petróleos del Perú-Petroperú SA

Esta selección de relatos —que agrupa los textos «Los libros de Corindón: Índigo» de Tomás Carreño, «Necrópolis» (fragmento) de Tania Huerta, «El destino de Liam Ward» de Poldark Mego, «Memorias» de Lesly Oré, «Desenfrenos» (capítulo 1) de Federico Pflücker, «¡Qué tal viaje!» de Sara Pizarro y «Alba» de Claudio Temoche Cortez— es solo una muestra del entusiasmo creativo de un taller que consiguió convocar a una gran cantidad de personas interesadas en el arte de narrar.